Impresiones de un viaje á America

TOMO X

Mariquita Minas &c.

M553357
T.X
obr 14/14
Lem

José Mª. Gutierrez de Alba

Impresiones

de un viaje á América

Tomo X

Del 27 de Mayo al 4 de Junio de 1874.

Excursión á Mariquita

Resúmen

De Bogotá á Honda.– Encuentro afortunado.– El valle de Mariquita.– La ciudad arruinada.– La casa del conquistador.– La del sabio naturalista D. Celestino Mútiz.– La fiesta del Corpus.– Las minas de plata y las de oro.– Sistemas de explotación.– Culebra de dos cabezas.– Regreso á Bogotá.

EXCURSIÓN

A

Mariquita

Excursión á Mariquita.

Desde mi salida del Caqueta (en el año anterior), mi pluma habia permanecido ociosa, porque mi salud algo quebrantada no me habia permitido emprender otra expedición de las varias que tenia en proyecto; y, á consecuencia de mi estado, habiame visto en la necesidad de buscar en climas suaves el restablecimiento, que no encontraba en las temperaturas extremas.

Restablecido ya, y resuelto á emprender mi viaje para Venezuela por el Meta y el Orinoco, no me determinaba á abandonar á Colombia, sin hacer ántes una visita, siquiera fuese á la ligera, al lugar en que exhaló su último suspiro el intrépido Gonzalo Jiménez de Quesada, uno de los hombres más importantes que ostentaron su admirable génio durante el período del descubrimiento y conquista de América, en que tantos héroes brillaron por la entereza de su carácter y por sus grandes dotes para la organización de los pueblos que conquistaban.

La antigua ciudad de Mariquita, ó Mareguita, como los indígenas la llamaban, era para mí un objeto de predilección, así por conservar en

tre sus ruinas los recuerdos del periodo más brillante de la colonia, como por haber sido el lugar que los colonos eligieron como el más apto, por su agradable clima y por su fertilísimo suelo, para establecer sus ~~moradas~~ casas de recreo y descansar de sus ~~más penosas~~ tareas más penosas.

Habíame detenido por algun tiempo la repugnancia de emprender solo este viaje, y deseaba con ansia que algun amigo se me ofreciese por compañero; lo cuál sucedió al fin, teniendo la fortuna de que éste fuese uno de mis compatriotas, establecido en el comercio de Bogotá, el estimable joven D. Salustiano de Olózaga, sobrino del célebre político español, con quien ya tenía, hacía algun tiempo, ~~fraternales~~ relaciones.

Salimos, pues, de Bogotá el 26 de Mayo, yendo en carruaje hasta la ciudad de Facatativá, donde nos detuvimos el resto de aquel dia, obsequiados por los amigos residentes en aquella población, que en vano se empeñaron en detenernos.

Del Miércoles 27 al Viernes 29

de Mayo.

A las nueve de la mañana salimos en nuestras mulas, seguidos de los criados que llevaban

nuestro equipage, nuestras armas y el álbum de mis dibujos. Una hora despues dejamos la sabána y empezamos á bajar la cordillera por un nuevo camino carretero, abierto despues de mi llegada á Bogotá, con bastante inteligencia, pero acaso por falta de recursos, no terminado en todos sus detalles con la escrupulosidad que exige lo deleznable del terreno, lo cuál ha ocasionado ya infinitos derrumbes, que entorpecen la via; y amenazan otros muchos, que, sin grandes dispendios y un cuidado asiduo en su conservacion, acabarán por inutilizarla.

Como unos diez Kilómetros seguimos por este camino, distancia que por el antiguo se hallaba reducida á ménos de una tercera parte, y por consiguiente con un desnivel, que, además de los frecuentes atolladeros, lo hacia en ocasiones casi del todo intransitable.

Desde un lugar llamado Agua-larga volvimos á tomar la antigua trocha, que por allí no merece otro nombre, y, ápesar de lo mucho que nos habian ponderado el mal estado en que esta se hallaba, á consecuencia de las lluvias, no tuvimos

que luchar con otros inconvenientes que algunos atolladeros más ó menos profundos, pero mucho menos difíciles que los que habíamos encontrado al atravesar por primera vez la empinada y áspera cordillera.

De nuevo volvimos á admirar la exhuberante vegetación que por todas partes se ostenta. En algunos lugares las plantaciones de café y de caña de azúcar habían ya sustituido á los bosques seculares, derribados por el hacha del hombre; oleaje de la civilización, que poco á poco se va apoderando del terreno y limitando los bosques vírgenes á las crestas de las montañas.

La primera noche descansamos en Villeta, cuya temperatura elevadísima parecía serlo mucho más por el contraste que forma con la húmeda y fría de la altiplanicie que pocas horas antes habíamos abandonado.

En Villeta encontramos ya una especie de hotel mucho más cómodo que la posada en que por primera vez nos alojamos, aunque todavía le falta mucho para tener las condiciones más indispensables de un mediano establecimiento merecedor

Vista del valle del Magdalena desde el Alto del Sargento.

del nombre que lleva.

Al siguiente dia hicimos nuestra jornada hasta Guaduas, poblacion, que por hallarse situada en un vallecito de mayor elevacion, goza de una temperatura mucho más suave; y, despues de una agradable noche, continuamos nuestro viaje hácia las orillas del Magdalena, pues nuestra jornada debia terminar en la antigua y ya casi arruinada ciudad de Honda, donde habiamos de permanecer algunos dias, por tener que arreglar allí mi compañero algunos negocios comerciales.

Al llegar al alto llamado del "Sarjento," volvimos á recrear nuestra vista con el esplendido panorama que se extendia á nuestros pies por las vegas del Magdalena, cubiertas de innumerables ganados, y teniendo por horizonte hácia el O. las empinadas montañas coronadas por las nieves perpetuas de los páramos de Santa Isabel, del Ruiz y del Tolima. Por el centro del valle deslizábase tranquilo y magestuoso el ancho Magdalena, cuyas aguas no han sentido aun desde Honda hácia su orígen el movimiento con que las ruedas del vapor han de agitarlas, quizas en un breve plazo,

introduciendo en
~~llevando á~~ las comarcas tolimenses el movimiento y la vida que este elemento civilizador lleva en pos de sí como consecuencia indispensable. (1)

Más de una vez tuvimos que detenernos durante esta última jornada, porque la temperatura ardiente de las orillas del rio nos abrumaba de tal modo, que teníamos que buscar la sombra, para tomar un respiro y darlo tambien á nuestras pobres mulas fatigadas y jadeantes.

Como el tráfico comercial entre el puerto de Caracolí y la capital de la república es el más importante de toda ella, empleándose en el trasporte de mercancías como cinco mil mulas y más de dos mil peones cargueros de ambos sexos, indígenas en su mayor parte, á cada paso encontrábamos numerosas récuas cargadas con los bultos menos delicados, mientras que los más frágiles eran conducidos en hombros de los indios, entre los cuales hay algunos que cargan con bultos enormes de un peso abrumador, que en poco tiempo los inutiliza. De estos copiamos un hombre y una mujer que llevaban ~~dos~~ cajones voluminosos, y un grupo de indios que conducian un piano, y que encontra-

(1) Pocos años despues se estableció la navegacion á vapor en el alto Magdalena, (tal como hoy existe.)

Indio carguero
entre Honda y Bogotá.

J. M. G. A.

India carguera

J. M. G. A.

Indios cargueros, conduciendo un piano de Honda á Bogotá

J. M. G. A.

Indio carguero
entre Honda y Bogotá.

J. M. G. A.

India carguera

Indios cargueros, conduciendo un piano de Honda á Bogotá J. M. G. A.

mos en medio de un lodazal atollados hasta las rodillas. Aquellos pobres soberanos (porque aquí, como en todos los paises democráticos de nombre, el pueblo disfruta así de la plenitud de su soberania), trepaban con toda la majestad posible por aquellas ásperas cuestas, haciendo uso de sus derechos individuales, y teniendo por toda remuneración algunos plátanos y un poco de chicha y mazamorra; porque desposeidos de las propiedades que durante la colonia disfrutaban, no tienen ya otros recursos que sufrir como arrendatarios una esclavitud disfrazada con el oropel de las libertades, que solo para ellos no existen; emplearse en estos rudos trabajos, ó morir de hambre en un rincón sobre el suelo feraz que para ellos reivindicaron sus libertadores.

Siguiendo la orilla derecha del rio aguas abajo, llegamos por fin frente á la ciudad de Honda, que se halla en la márgen opuesta. Pasamos como la primera vez en la canoa indigena y las mulas á nado; pues aunque habia ya una barca de grandes proporciones, establecida algunos meses antes, ésta se hallaba fuera de servicio, por

circunstancias accidentales, debidas á la poca precaucion que habian tomado para las grandes avenidas.

A las cuatro de la tarde penetramos en la antigua ciudad, y fuimos á alojarnos en un hotel modesto, situado casi en la confluencia del Guali con el Magdalena, cuyas tumultuosas aguas, reducidas en aquel punto á una pendiente rápida y á un estrecho cauce, forman un ruido continuo, semejante al de las olas del mar al estrellarse contra una playa peñascosa.

Sábado 30 y Domingo 31 de Mayo.

Empleamos estos dos dias en descansar de las fatigas del viaje; y, mientras mi amigo evacuaba sus negocios de comercio; yo dí la última mano á los dibujos de los dias anteriores; tomé una vista de un nuevo puente de hierro sobre el Guali, colocado dos años antes, en el mismo lugar donde se habia levantado uno de mampostería en tiempos de la colonia, y que despues fué derribado por una gran creciente, y otra vista de las ruinas del convento de San Juan de Dios, que, como la ma-

Ruinas de S. Juan de Dios, vistas desde el puente viejo, en Honda.

J. M. S. t.

Puente de hierro sobre el rio Gualí en Honda

yor parte de los edificios hoy ruinosos, fué derrumbado por un terremoto en 1805, y no ha vuelto á reedificarse. Estas ruinas, como todas las de la población, ofrecen un aspecto bellísimo y en extremo original (por las muchas plantas, en su mayor parte parásitas y trepadoras, que se han apoderado de las grietas de los muros, y los adornan por todas partes con graciosos festones. Los cauchos, de admirable fuerza de reproducción, y que vegetan con extraordinaria lozanía en todas las tierras calientes, alzan tambien sus ramas en los picos más levantados de las paredes derruidas, y extienden sus raices ^adventicias^ hasta el suelo por uno y otro lado, como si quisiesen amparalas con ellas, é impedir que acaben de desmoronarse.

Durante nuestra permanencia en la ciudad, tuvimos la fortuna de encontrar en ella á nuestro excelente ~~é ilustrado~~ amigo el Dr. D. José M.ª Samper y Agudelo, natural de la misma población, que se hallaba allí accidentalmente con su esposa ^la ilustre escritora Dª Soledad Acosta^ y ambos se ofrecieron á acompañarnos en nuestra excursión á Mariquita, que debiamos emprender al dia siguiente.

Lúnes, 1º de Junio

A las siete de la mañana nos pusimos en camino el Dr. Samper y su señora, mi amigo Olózaga y yo con dos de nuestros criados. Tomamos la dirección del N.E. á S.O, y despues de atravesar algunas colinas un tanto pedregosas, cuyas faldas, á veces muy escarpadas, formaban elevados murallones perfectamente verticales, entramos en un estenso llano de formación lacustre, cubierto de gramineas naturales, en cuyo estremo occidental, al pie de un ramal de la cordillera y entre una faja de tupido bosque, que se levanta á la orilla derecha del Gualí, se halla la ciudad de Mariquita, reducida hoy á las proporciones de una pequeña aldea, y cuyas modestas casitas de paja se alzan como avergonzadas entre las magestuosas ruinas de edificios relativamente suntuosos.

Al penetrar en las calles de la poblacion, por todas partes se detiene la vista en montones de escombros cubiertos de maleza, ruinas venerables, ya de los templos donde se adoraba á Dios con el fervor cristiano de aquellos tiempos de costumbres

más puras, ya de las casas espaciosas que los colonos habian edificado para su recreo en aquel lugar de delicias.

Las calles anchas, en línea recta, y que en su mayor parte conservan aún en estado perfecto sus empedrados, tienen todas en el centro acequias por donde corren las aguas de la cordillera próxima, claras como el cristal y llenas por todas partes de pececillos, que se agitan en todas direcciones en busca del alimento que la corriente arrastra hácia el vecino rio; por lo cuál no sería una exageración el decir que se puede pescar en las calles de Mariquita.

Tanta veneración infunden aquellas reliquias que encierran tan respetables recuerdos, que el primer impulso que se experimenta es el de descubrirse ante ellas, cual si se penetrase en un recinto sagrado. Los templos eran tan numerosos en la población, como fervorosas las creencias de sus antiguos moradores. Hoy sólo están en uso la parroquia, que era una de las iglesias menos importantes, situada en el frente N. E. de la plaza, y una pequeña ermita, que se halla en uno de

los extremos de la ciudad en la parte más próxima al rio Gualí, cuyo rumor se oye perfectamente desde la pequeña colina donde se halla situada, dominando un vallecito algo más profundo.

Mientras nos disponian el almuerzo, salimos de la casa donde nos habiamos hospedado, y empezamos á recorrer la población, al azar y sin rumbo fijo. Al entrar en una calle, llamaron nuestra atención las ruinas de una antigua casa, que nos pusimos á copiar la Sra. de Samper y yo en nuestros respectivos albums, mientras encontrábamos alguna persona de quien poder informarnos del lugar en que se hallaba la casa donde murió Gonzalo Jiménez de Quesada. Concluidos nuestros dibujos, visitamos las ruinas de San Francisco, (que también copié) y de las cuales ~~de que~~ solo quedan algunas paredes, y al regresar á nuestra posada supimos con placer y asombro que nuestra propia intuición nos había llevado á copiar inconscientemente las ruinas de la antigua morada del conquistador del Nuevo Reino.

No pudiendo detenerse por más tiempo en Mariquita el Dr. Samper y su Sra., regresaron

Ruinas del convento de S. Francisco en Mariquita.

Ruinas de Stª. Lucía, convertidas en Cementerio. — Mariquita.

RUINAS
de la casa en que murió Gonzalo Jimenez de Quesada.

Mariquita, 1.º de Junio
1874.

á Honda durante la tarde, mientras nosotros, después de copiar las ruinas de Sto Domingo y Sta Lucia, que son muy notables, nos disponiamos á visitar algunas de las minas que se hallan en explotación en la cordillera próximas.

Para realizar mejor nuestro propósito, tuvimos la fortuna de que aquella noche se hospedase en nuestra misma posada el director de una de ellas, llamado Mr. William Cooke, joven ingles, de un carácter más franco que suele serlo el de la mayor parte de los de su nación, el cual tuvo la bondad de invitarnos á que pasásemos con él al dia siguiente á hacer la visita de la mina, ofreciéndose despues á acompañarnos á cualquiera de los otros establecimientos que se hallan en la misma cordillera.

Martes, 2 de Junio.

A las siete de la mañana salimos de Mariquita hácia el S.O. por unas colinas muy desgarradas, compuestas de arena rojiza con algunas piedras (por ser el terreno formado de aluvión), las cuales se hallan cubiertas de gramineas y arbustos; y según se van elevando sobre los primeros estribos de la Cordillera Central, ~~levantando se ostentan~~ un bosque alto y espeso, que á cierta elevación ~~presenta~~ ~~ya~~ todos los caractéres de la selva primitiva.

El camino ó trocha que á la mina conduce, se hallaba en extremo resbaladizo y con algunos atolladeros, á consecuencia de una abundante lluvia que en la noche anterior habia caido.

Media hora antes de llegar al establecimiento á que nos encaminábamos, esto es, á las dos horas y media de nuestra salida de la poblacion, encontramos en un vallecito estrecho una hacienda de caña~~ral~~, llamada San Andres, donde algunos años antes se habia cultivado el índigo, que por algun tiempo estuvo muy en boga. La caña que en él se produce es de mediana calidad y de escaso medro, por estar la hacienda fundada sobre un antiguo lavadero de oro, de la época de la colonia, y tener toda la superficie cubierta de una capa de piedras rodadas, á veces de espesor muy considerable. Al entrar en el vallecito atravesamos por un puente rústico un riachuelo que baja de la montaña próxima, descolgándose en ruidosas cascadas de peña en peña, cuyas aguas clarísimas forman un contraste muy singular con el nombre de Rio-sucio, que es el que lleva desde tiempos remotos. De uno de los grandes charcos que forma la

10
Socavón Williamson, Veta del Caimán. Boca-nome 2 de Junio de 1874.
J. S. A.

corriente, cuya profundidad me aseguraron que no bajaria allí de quince metros, se han extraido en diferentes épocas, por medio de imperfectas dragas, cantidades considerables de oro en polvo, y algunas pepitas del mismo metal notablemente voluminosas.

En San Andres nos detuvimos á descansar un breve rato, y á las diez y media llegamos al asiento de la mina dirigida por Mr. Cooke, llamada Bocaneme viejo.

El terreno es por allí extremadamente quebrado, ~~escarpado~~, y su formación de arena y greda, en que se ven incrustados ~~grandes~~ peñones de arenisca, ~~dejándose descubrir~~ descubriéndose por varias partes filones de más ó menos espesor ~~formados~~ de cuarzo argentífero, que constituye el mineral beneficiado en la forma de que hablaré más adelante.

Sin detenernos entonces en los socavones, subimos á la cresta de un cerro muy empinado, donde se hallan las habitaciones de los mineros; y en la de Mr. Cooke, que, aunque pajiza, no carece de comodidades, se nos ofreció un excelente almuerzo, concluido éste, ~~cuál~~ bajamos de nuevo á visitar las dependencias principales de la mina; para lo cuál el

director nos ofreció caballos de refresco, porque nuestras mulas iban muy cansadas.

Lo primero que visitamos fué un socavón de reciente apertura, donde los trabajos se hacian á barreno, siguiendo un filon, llamado del Caimán, no sé con qué motivo.

En el rato en que permanecimos allí, tomé en mi album ~~número 5~~ un apunte de la entrada del socavón, é hice un retrato á la ligera de un ingles, notable por sus formas vidas y musculatura vigorosa, que era gefe de los trabajadores. ~~Estos ocupan las páginas 9 y 10 respectivamente.~~ A la puerta del socavón habia grandes montones del mineral extraido, y bajo un cobertizo próximo varios operarios, hombres y mujeres, se ocupaban en desmenuzar las piedras á golpes de martillo, hasta reducir los trozos al tamaño de un puño próximamente, conduciéndolos despues, á lomo de bueyes, al lugar donde se hallan los aparatos de trituracion, en grandes zurrones de cuero dispuestos á manera de alforjas.

Desde allí, rodeando un gran cerro, y por la misma trocha cenagosa, abierta para los bueyes, nos trasladamos al lugar que ocupan los aparatos prin-

Gefe de los trabajadores

cipales, que consisten en ocho martillos de 24 á 30 arrobas de peso cada uno, movidos por una gran rueda hidráulica (1), donde los trozos de mineral son pulverizados y conducidos por una ligera corriente de agua á unas grandes artesas ó mesas escalonadas y dispuestas en plano ligeramente inclinado, donde el agua arrastra con facilidad la parte de cuarzo y arena que la piedra contiene, dejando en el fondo las partículas metálicas, que por su mayor peso ~~ofrecen mayor resistencia fácilmente~~.

Allí tomamos otra vista del gran cobertizo bajo el cuál funcionan los martillos ~~movidos por la rueda~~, y de otras dos cabañas próximas, donde están los talleres de herrería y carpintería, con la parte del acueducto por donde se vierte en la rueda el agua que desde larguísima distancia viene conducida allí por una acequia practicada al efecto.

Esta mina, que, como otras de la misma cordillera, había sido ya explotada en tiempos de la colonia, se halla á unos 300 pies de elevación sobre el llano de Mariquita, y su altura sobre el

---

(1). De 24 pies ingleses de diámetro, ~~que produce la~~ ^ impulsada por una fuerza de 30 caballos.

nivel del mar, que no pudimos medir por falta de instrumentos, le dan una temperatura constante de 20 á 21º centígrados, que constituyen una primavera ~~continuada~~ eterna.

El establecimiento, que hace poco tiempo se halla sometido á una nueva explotación, carece todavia de hornos para fundir el mineral, que los empresarios envian á Europa con este objeto, despues de tratarlo por medio del fuego, única operación á que lo someten despues de las operaciones arriba indicadas.

Concluido mi dibujo, ~~que se halla en la página 11 del indicado album,~~ determinábamos salir de allí, en dirección á otras de las minas; pero Mr. Cooke nos rogó con grande encarecimiento que permaneciésemos en su casa hasta el siguiente dia, en que él ó un joven hermano suyo, que antes nos habia presentado, nos acompañarian guiándonos por la aspera y difícil senda que conduce al lugar donde pensábamos dirigirnos.

Aceptamos con gratitud la hospitalidad que se nos ofrecia por aquella noche, teniendo el placer de disfrutar durante la tarde del bellísimo espectácu-

lo de la puesta del sol, iluminando con sus últimos rayos el llano de Mariquita y los cerros de angulosos perfiles que la rodean por el lado del Oriente.

Durante la noche hubo una tempestad formidable, acompañada de rayos y truenos que á cada minuto hacian retemblar nuestra pajiza morada, y cuyos ecos repetidos cien veces por las escabrosidades de las montañas, se alcanzaban unos á otros como si fuesen un sólo trueno continuado.

Miércoles, 3 de Junio.

Nos levantamos muy temprano; la mañana estaba serena; y mientras disponian nuestro desayuno, bajamos á visitar otros socavones y un fuelle de ventilación colocado en uno de los pozos, que á la sazón estaban abriendo, para la extracción de los minerales. Examinamos algunos de estos, que nos parecieron más ricos que los que habiamos visitado el dia precedente; y en efecto, Mr. Cooke nos aseguró que producia 80 onzas por tonelada, esperando que los productos de la veta del Caimán llegarian á ser más considerables, cuando se profundizara más el filón, segun la experiencia que tenia

adquirida.

Tomado nuestro desayuno, y hecha por mí la copia de un muchacho que traía ensartada en un palo, y viva aun, una enorme culebra taya X, de cerca de dos metros de longitud, y diez centímetros de circunferencia máxima, ~~dibujo que ocupa la página 16 de mi album~~, nos despedimos del Director, y acompañados por su hermano, salimos en dirección de un lugar llamado Mal-paso, donde se explota una mina de oro corrido, ó de aluvión, trabajada ya en tiempos de la dominación española, aunque por el sistema imperfecto de lavado que entonces se conocía, sistema que ocasionaba tales dispendios, ~~de mucha consideracion~~, que casi anulaban los productos.

La trocha que conduce desde Bocaneme á Malpaso es un barrizal continuo, lleno de saltos enormes, donde las mulas más diestras y vigorosas apenas hallan medios de pasar sin exponerse á una caida. Mi compañero vino al suelo más de una vez con la cabalgadura que montaba, y si yo no sufrí la misma suerte, lo debí en parte á la mayor agilidad de mi mula y al menor peso de mi cuerpo.

16.

Muchacho de Boca-neme,

conduciendo una enorme culebra taya X.

2 de Junio de 1874.

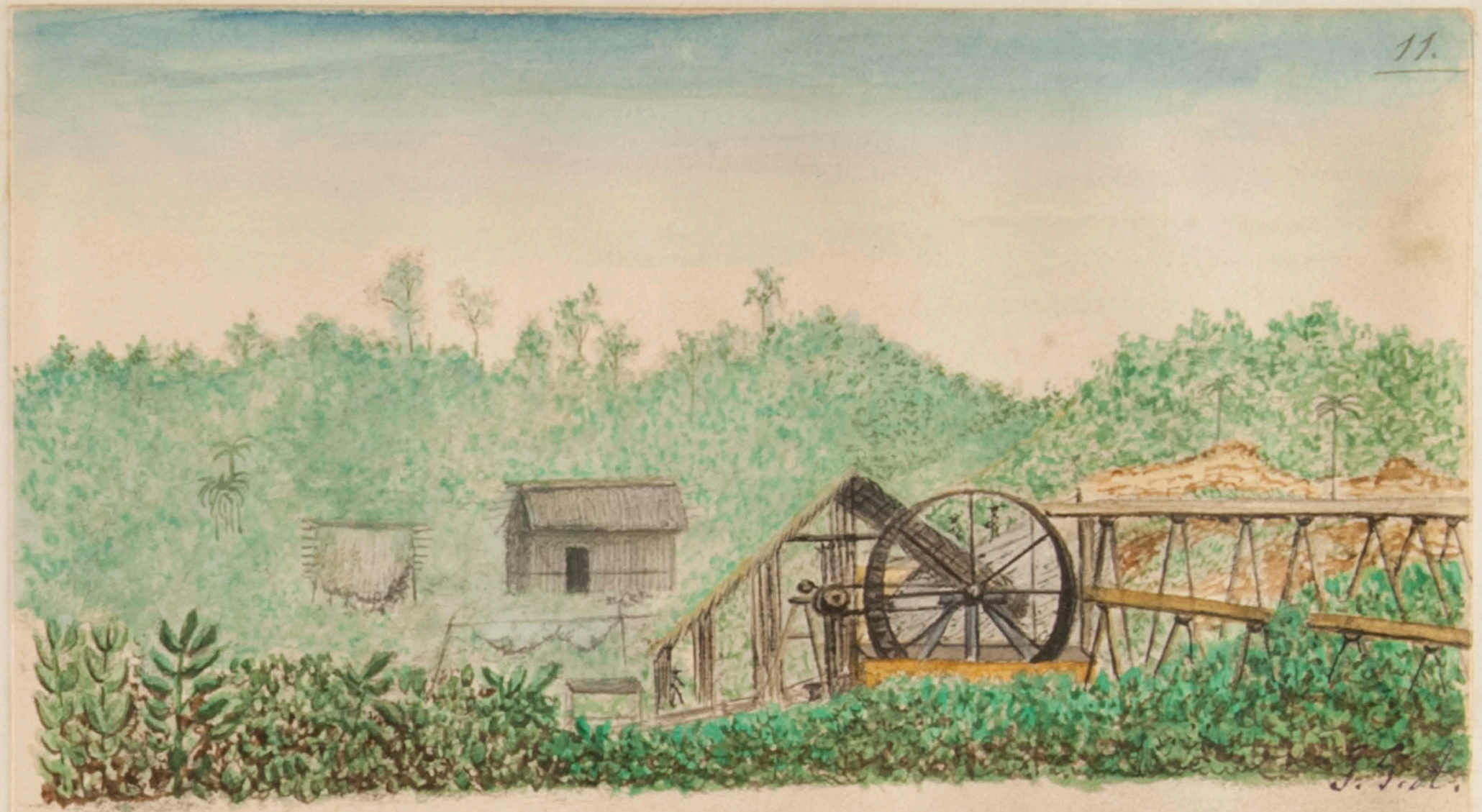
Despues de caminar unas dos horas por aquella infernal senda, que á nuestro parecer no habia de acabarse nunca, llegamos por fin á la falda de un cerro, donde encontramos la acequia que conduce el agua hacia la mina á que nos dirigiamos, acequia que tiene de largo, segun nos dijeron, más de seis kilometros, y que conduce un volúmen que no bajará de sesenta centimetros cuadrados. Desde allí, el camino, que sigue invariablemente uno ú otro borde de la acequia, segun la configuración del terreno, nos pareció sumamente agradable, y la vista se recreaba sin cesar en los variados accidentes que ofrecia el curso del agua, ya extendiéndose tranquila por un remanso, ya bajando en rápida corriente por una chorrera, ya estrellándose y murmurando contra las empalizadas que le servian de dique en los parages donde el terreno era más deleznable.

Al cabo de una hora de caminar por la orilla de la acequia, la abandonamos para descender al punto donde se hallaban instalados los trabajos de la mina y las habitaciones del Director y los peones.

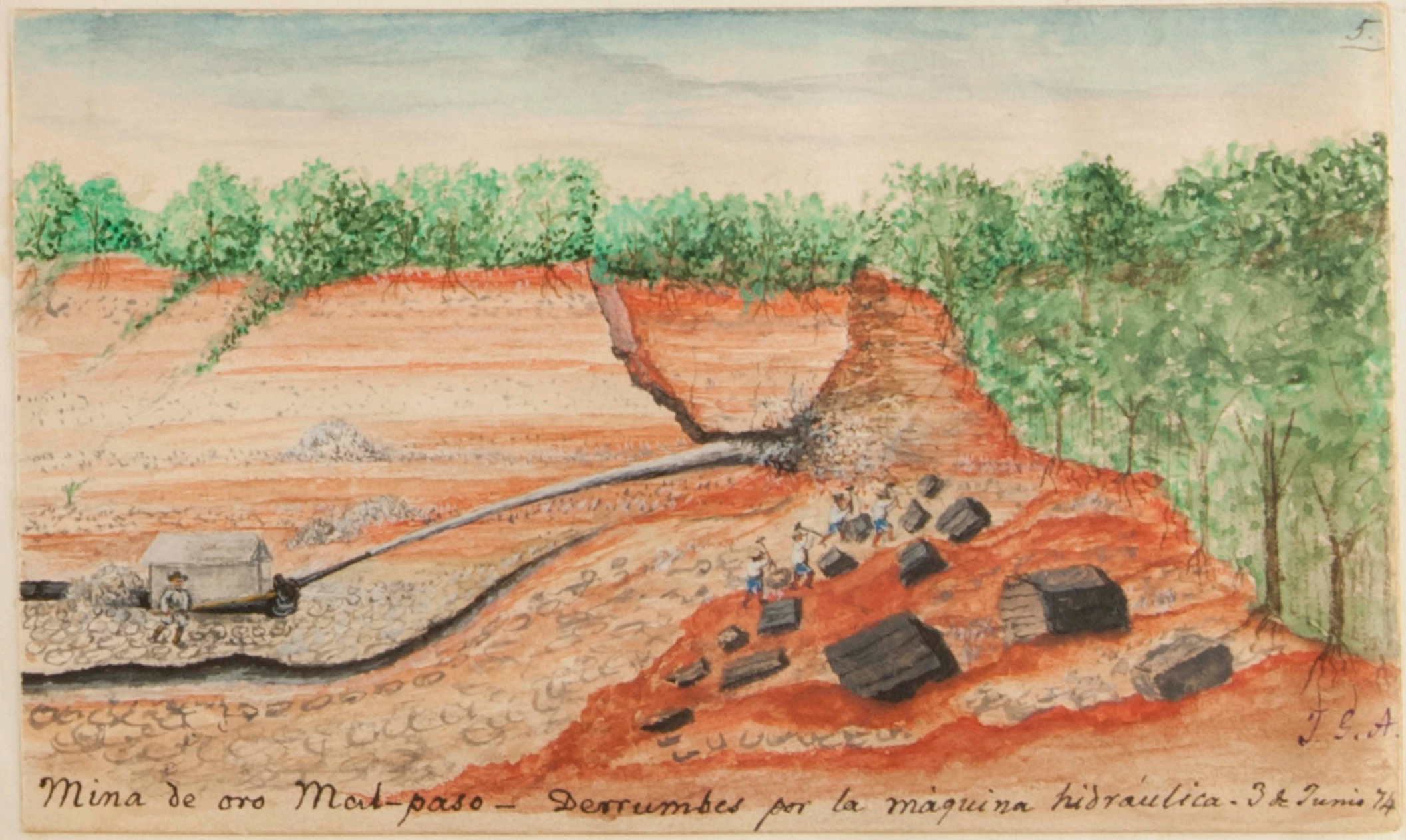
El Director de los trabajos, Mr. Clarke, norteamericano ~~natural de la América del Norte y persona notablemente~~ x muy ilustrado, ~~llamado Mr Clarke,~~ nos recibió con ~~franqueza~~ y cordialidad ~~de estimacion~~, que no pudimos menos de agradecerle, y nos acompañó por todas partes á hacer la visita de su establecimiento.

Bajamos por una cuesta llena de piedras rodadas de todos tamaños, de las cuales queda siempre cubierto el suelo, donde quiera que se establecen estos trabajos, hasta llegar á una especie de barranco formado por el laboreo, que se practica hoy de una manera tan facil como ingeniosa, por medio de un aparato hidráulico, que por sí solo produce en el lavado del terreno resultados mucho mayores que los que pudiera producir el trabajo continuo de mil operarios ocupados en la misma faena con el sólo recurso de sus brazos.

He aquí cómo se practica la operación, que por espacio de más de media hora nos tuvo absortos, contemplando la simplificación admirable con que la ciencia ha venido á sustituir el ímprobo y mezquino trabajo del hombre, para apoderarse del codiciado metal que la tierra oculta en sus entrañas.



Martillos y aparatos de decantacion de la Mina Boca-neme - 2 de Junio.



T. E. A.

Mina de oro Mat-paso – Derrumbes por la màquina hidràulica - 3 de Junio 74

Elevada la acequia más de 200 pies sobre el lugar en que se ejecuta el laboreo, se hace descender el agua por medio de un tubo ^con grande inclinación ~~cilíndrico de hierro~~ que empieza por veinte ó ~~veinte~~ veinticinco centímetros ~~pulgadas~~ de diámetro, ~~que tiene una gran inclinación~~ y ~~que~~ termina en otro ~~tubo movible~~, por una muy estrecho que se mueve y dirige por medio de un aparato provisto de un timon, y ~~cuya~~ colocado sobre una plataforma techada. ~~estremidad tiene solo el diámetro de cuatro pulgadas.~~ El agua desciende por aquel tubo sumamente ^comprimida y sale ~~aprisionada, y~~ con una velocidad extraordinaria, produciendo, ^como nuestras bombas de riego, un chorro de grandísima potencia, que dirigido alternativamente á las paredes del barranco, ó al fondo del mismo, derrumba y desliе completamente el terreno, y ~~estraede~~ arrastra ~~do~~ en su corriente, que ^ya libre de presión, vuelve á adquirir el mismo volumen que tenía en la acequia, la tierra y la arena ~~disgregadas~~, dejando en el fondo ^de la excavación solo las piedras que el terreno contiene, ~~perfectamente lavadas~~. Esta corriente ^turbia y cenagosa se dirige desde allí á un acueducto de unos cien metros de longitud por uno próximamente de anchura, y medio de profundidad, donde se hallan canales transversales, colocados como á distancia de un pie unos de otros, y en cuyo fondo hay una cantidad de mercurio, que se apodera

de las partículas ~~de oro~~ metálicas arrastradas por la corriente. Una vez al mes se suspenden los trabajos del lavadero, por el tiempo suficiente para renovar el mercurio, del cuál se ~~separa~~ aparta el oro con una facilidad extraordinaria, por medio de retortas, donde ~~de se separa solo una pequeñísima parte del~~ el calor volatiliza el mercurio, que acude á recogerse y deja el oro libre en el fondo.
~~mineral absorbente.~~

Mientras el Director hacía funcionar en todas direcciones aquel poderosísimo ariete hidráulico, que derrumbaba en pocos minutos bancos del terreno de ~~centenares de~~ muchas toneladas, y á cuyo empuje volaban al aire la tierra y hasta las piedras, cual si fuesen aristas ó menudo polvo sometidos al impulso de un enorme fuelle, tomé una ~~vista~~ copia del conjunto, ~~que se halla en la página 5 del ya mencionado album, y que, aun que imperfecta,~~ que ofrece una idea más completa que la que pudiera dar la descripción más detallada. ~~y prolija~~

~~Después~~ nos acercamos al ~~mi dictado, descendimos al lugar donde funcionaba el~~ aparato, y allí el Director, para demostrar lo potencia del agua, al salir del tubo, y la densidad que adquiere, probó por sí mis-

mo, y ~~nos~~ hizo probar lo imposible que es introducir ningun cuerpo, ni aun el cuchillo más cortante, en aquel chorro impetuoso, que resiste como un cilindro de acero, no obstante la ~~Cantidad~~ fuerza del liquido que lo ~~forma~~ constituye.

El terreno es en toda aquella parte de la cordillera de arena y arcilla tan impregnada de óxido de hierro, que ofrece el color rojo más vivo. Formado por antiguos aluviones, contiene infinidad de piedras rodadas, que en ciertos parages forman capas de notable espesor, y en otros se hallan incrustadas entre la ~~greda~~ arcilla y la arena. Además de estas piedras, aparecen de cuándo en cuándo, á diferentes profundidades, grandes peñones ~~erráti-~~ ~~cos~~ de arenisca muy compacta, que exceden en dureza al granito. ~~de grano más ó menos grueso, segun su formacion y procedencia, algunos de los cuales tienen el aspecto y la dureza del granito.~~

~~Concluido lo~~ Despues de visitar ~~el lugar de~~ los trabajos, subimos á la casa del director, donde nos tenian dispuesto un almuerzo abundante, al cuál siguieron algunos brindis por la prosperidad del establecimiento. ~~Despues~~ El mismo Sr. Clarke nos manifestó al-

^barras de oro y varias
gunas ^curiosidades que tenia coleccionadas, entre
las cuales llamaron principalmente nuestra aten-
cion: un gran trozo de ^lignito ~~madera negra, formando~~
~~compacta~~, encontrado en las escavaciones de la mi-
na, ^enterrado allí quizás ~~y que debió permanecer enterrado allí~~ desde
la formación de la cordillera; y más que todo
una culebra taya X, con dos cabezas perfectamen-
te formadas, que habia conservado en alcohol, y que
copié ~~en la página 12 de mi album~~ con toda la
exactitud que me fué posible, hasta en el tamaño.

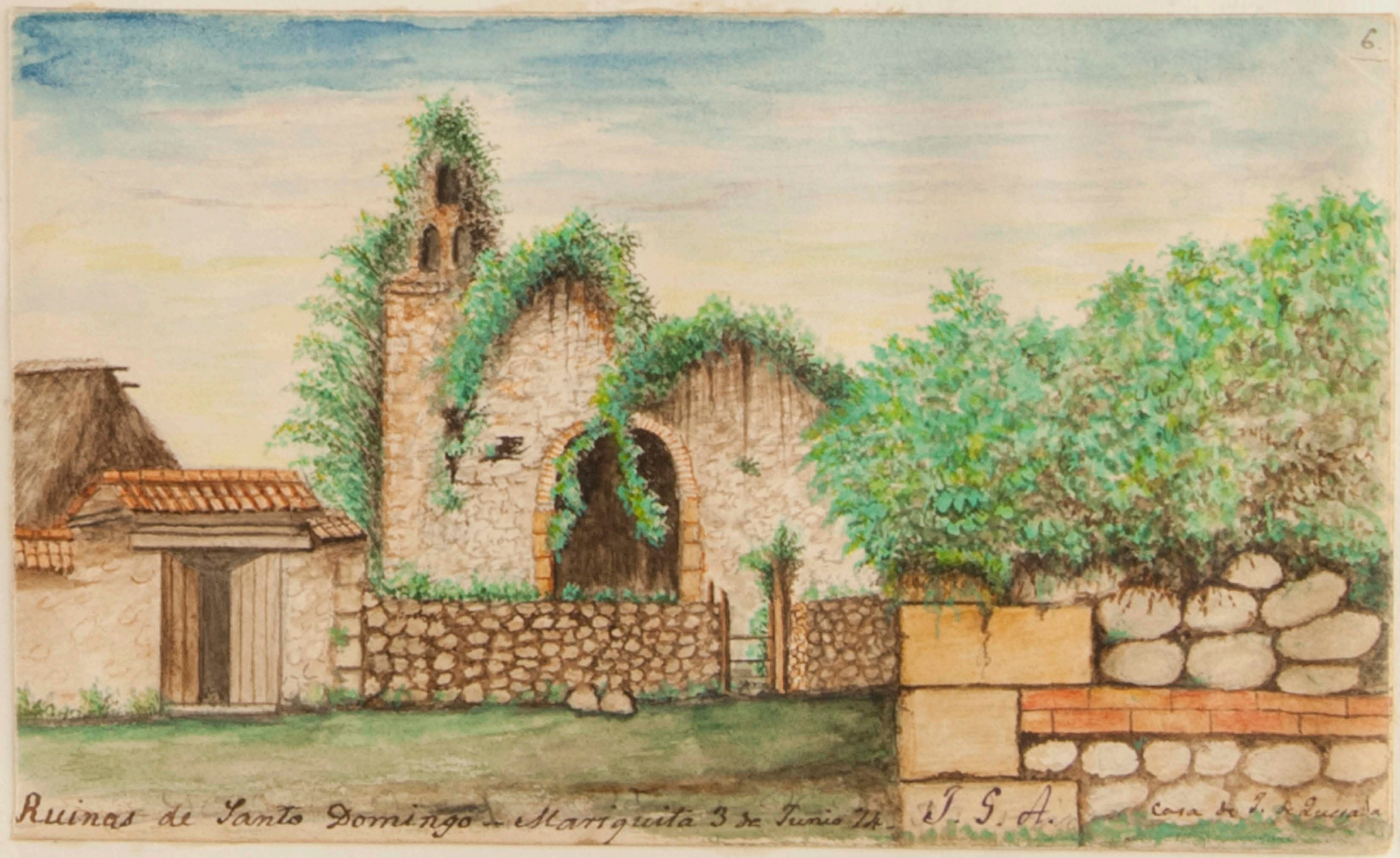
Muchas veces habia oido hablar de tan extra-
ño fenómeno, que aquí se halla repetido con bas-
ta frecuencia, segun testimonio de personas graves,
pero nunca quise darle crédito, hasta que me con-
vencí por mis propios ojos.

No obstante los ruegos del director de la mi-
na y de las personas que le acompañaban, de-
terminamos regresar á Mariquita, como en efec-
to lo verificamos, llegando á la población á eso
de la una de la tarde.

Como el tiempo nos apremiaba, y deseába-
mos volver á Bogotá en el menor plazo posible,
aproveché el resto del dia en tomar una copia

J. G. A.

Taya X de dos cabezas, tamaño natural,
copiada de un ejemplar conservado por Mr. Clarke en la mina Mal-paso.
3 de Junio de 1874.


6.
Ruinas de Santo Domingo – Mariquita 3 de Junio 74.
J. G. A.
Casa de J. de Quesada

Ruinas de la casa y jardin botánico del sabio Mutis — Mariquita 3 de Junio. 24.

~~copia~~ de las ruinas de Santo Domingo, templo en que fueron sepultados los restos de Jiménez de Quesada, y donde permanecieron hasta su traslación á la Catedral de Santa Fé, donde hoy se conservan, y otra de la casa donde vivió y mantuvo cuidadosamente un jardin botánico el sabio y laborioso ~~español~~ D. José Celestino ~~Mutis~~ Mútis, natural de Cádiz, á quien tanto debieron en su época las ciencias naturales y principalmente la Botánica. De la casa de este sabio ilustre, así como de la del conquistador del Nuevo Reino, apenas quedan ya más que las tapias, desmoronadas en gran parte; y en el jardin que cultivó con tanto cuidado el eminente naturalista, sólo resta de la preciosa colección que él habia formado, un grupo de canelos semejantes á los que habiamos visto en el Caquetá, que extendiendo sus copudas ramas sobre la maleza, que se ha apoderado del suelo, y dominando toda la vegetación que los circunda, anuncian al viajero que aquel fué el lugar que algun tiempo habitó la ciencia, y son el único signo de aquel periodo brillante, signo que quizás no tarde mucho en desaparecer bajo el hacha destructora de los que no respetan recuerdo alguno, por sagrado y

glorioso que ~~es~~ sea, si los despojos de las reliquias más respetables ofrecen algunos centavos de utilidad á su codicia.

Jueves, 4 de Junio.

Celebrábase en este dia la fiesta del Corpus, una de las más importantes del catolicismo, y la población de Mariquita toda entera se manifestaba desde muy temprano dispuesta á tomar parte, más que en la festividad religiosa, en los accidentes profanos que le dan animación y vida. Desde el amanecer, el ruidoso tamboril atronaba todas las calles; feroces gritos se escuchaban por donde quiera, y el sonido de cien campanillas, agitadas violentamente, indicaban á los que de una manera tan ruda eran despertados del agradable sueño de la mañana, que una legión diabólica se habia apoderado de la poblacion y recorria sus calles en desenfrenado tumulto.

Dejamos con curiosidad nuestro lecho; y como el ruido se aproximase, nos asomamos á una de las ventanas, y vimos varios grupos de enmascarados con disfraces tan originales y haciendo tales contorsiones, en medio del grotesco baile que al compas

15.

J. G. A.

Matachines.

Fiesta de Corpus. Mariquita.

del tamboril llevaban, que no pudimos menos de sorprendernos. Unos iban vestidos con anchos calzones de telas ordinarias y de colores muy vivos, que les llegaban solo hasta las rodillas y llevaban camisa de otro color, un pañuelo de percal al cuello y un gorro sobre la cabeza, del cuál pendia y se agitaba sobre la espalda una especie de cola hecha de filamentos de palma ó de fique y teñida tambien de un color muy vivo. El trage todo estaba adornado de lazos de cinta de diferentes colores, y por complemento llevaban pendientes en los costados varias campanillas y una mucho mayor en la cintura, que, cayendo sobre las caderas, se agitaba con el movimiento del cuerpo y formaba con las demás el acompañamiento del tambor al compas del baile. A estos enmascarados daban el nombre de matachines ~~(1)~~, y todos llevaban grandes vejigas pendientes de un palo y caretas figurando el rostro de algun animal con cuernos en la frente.

Tras de estos iban otros, vestidos con una especie

~~(1) Página 16, album nº 5~~

de capótillos y faldas de hojas de palmera y la cabeza cubierta de un gorro cónico de papel ó de trapo, adornado con plumas de todo genero de aves, con una especie de pico en la parte central y delantera del gorro, con el cual amagaban golpear á los transeuntes. A estos daban el nombre de cucambas (2), y todos llevaban en la mano derecha una especie de sonajeras hechas de un pequeño calabazo ó totumo cubierto de fajas de papel de color, con algunas piedrecillas dentro, con el cuál seguian los golpes del tamboril y el compas del baile, como lo verifican aun las tribus indígenas con un instrumento análogo á que dan el nombre de maraca.

Tras de las cucambas y los matachines iba otro grupo de muchachuelos de ocho á doce años con gorros cónicos formados de paja, la mitad superior del cuerpo desnuda, pantalones de tela ordinaria á listas azules, bandas de colores vivos y un pañuelo de percal en forma de manto. ~~ó clámide~~. Estos, á que daban el nombre de chinitos y figuraban indígenas á medio civilizar, iban pre-

---

~~(2) Página 13 del mismo album.~~

13.

Cucambas,

Fiesta de Corpus en Mariquita.

4 de Junio de 1874.

sidos por otro muchachuelo que llevaba en la mano una especie de baston y en la cabeza un gorro chato, adornado en la frente con plumas de pavo real, y los acompañaba otro sin disfraz alguno y con un tamborril en la mano, y un viejo mestizo, que era el director de la comparsa y hacia las veces de maestro de ceremonias(1).

Además de estos disfraces hubo otros de animales diversos, como osos, tigres y leones, que debian alternar en una danza que habia de preceder á la procesión que se disponia; pero por desgracia un aguacero formidable, que duró hasta cerca del medio dia impidió que ésta se verificara, y los disfrazados tuvieron que contentarse con recorrer la poblacion, visitando las principales casas, bailando en ellas y recitando versos, tan originales como su disfraz y su danza, trasmitidos unos por la tradición, y otros improvisados por ellos. Uno de los matachines, que tenia su brizna de poeta y era el que más improvisaba, dedicó una copla al dueño de la casa en que posábamos, hincada una rodilla en tierra,

---

(1) Página 14, album nº 5

como ántes lo habian hecho los muchachos medio desnudos, que al recitar los suyos disparaban al aire unos palitos en forma de flechas con un diminuto arco, signo de su ~~cualidad de indígenas~~ condición de salvajes.

La copla del matachin fué más original que todas; arrancó á la generalidad una carcajada espontánea, y yo no sólo la conservé por mucho tiempo en la memoria, sino que la recité en distintas ocasiones á varios amigos, refiriéndoles las curiosidades de mi expedición última. La copla decía de esta manera:

De la montaña salí
comiéndome una mogolla, (1)
solo por venir á ver
al señor don Pedro Gómez.

La falta de asonancia por una parte, y por otra la gravedad cómica del indio poeta, hacian sus versos tánto más chistosos, cuanto más persuadido se manifestaba él del mérito de la improvisación, que sus compañeros aplaudian.

Despues de esta escena, aproveché un rato para tomar una vista de la plaza principal, ~~que se halla en la página 8 del mismo albúm; y~~

(1) Pan de trigo y cebada, muy negro.

Los chinetos

Fiesta de Corpus
Managuita

Vista de la parte S.E. de la plaza de Mariquita. 4 de Junio de 1874.

Plaza é iglesia de Guáduas

~~otra del puente sobre el Guadó, otra de las ruinas de Sto Domingo y~~

y á las tres de la tarde regresamos á Honda, para disponer nuestra vuelta á la capital de la república, que verificamos al siguiente dia, sin otro accidente notable, que el habernos detenido en Guáduas para tomar una vista de la iglesia, que ocupa uno de los frentes de la plaza principal, y que conservo en ~~la página 17 de~~ mi album.

Indice

de las láminas contenidas en el Tomo 1o.

Pag.	Asuntos.	Formas.
3	Vista del valle del Magdalena d. el Alto del Sargento	ac.—m.
4	Indios cargueros entre Honda y Bogotá	ac.—m.
5	Ruinas de Sn. Juan de Dios	ac.—m.
5	Puente de hierro sobre el rio Gualí en Honda	ac.—m.
7	Ruinas del convento de Sn. Fco. en Mariquita	ac.—m.
7	Ruinas de Sta. Lucia convertidas en cementerio	ac.—m.
7	Ruinas de la casa en que murió el Gobernador Jiménez de Quesada	ac.—m.
8	Mina Bocaneme, socavón 11.	ac.—m.
9	Mr. Seaddon gefe de los trabajadores	ac.—m.
11	Muchacho con una culebra taya X	ac.—m.
12	Aparato de trituración, mina Bocaneme	ac.—m.
12	Mina de oro Malpaso—Aparato hidráulico	ac.—m.
14	Taya X de dos cabezas	ac.—m.
14	Ruinas de Sto. Domingo. (Mariquita)	ac.—m.
14	Retrato de D. José Celestino Mútis	fot.
14	Ruinas de la casa y jardín botanico de Mútis (Mariq.)	ac.—m.
15	Matachines—Fiestas del Córpus. Mariquita.	ac.—m.
16	Cucambas (máscaras) id id	ac.—m.
17	Los chinitos (id. id. id.)	ac.—m.
17	Vista de la plaza de Mariquita	ac.—m.
17	Plaza é iglesia de Guaduas	ac.—m.

Un paréntesis.

Interrupción de mis viajes de estudio.

~~Ati~~ Fijación temporal de mi residencia en Colombia.

~~Hacía ya algún tiempo que~~ La antipatía de Colombia hácia su antigua metrópoli se había extinguido, y mis amigos me aseguraban que tan pronto como entrase España en una vida normal y desaparecieran los disturbios ocasionados por la lucha de los partidas, se daría el primer paso para la reconciliación oficial de la hija ya emancipada con su vieja y desdichada madre.

Entre tanto, las noticias que se recibían de la república española nos llenaban de inquietud á todos. Por una parte, los cantonales desgarraban la entrañas de la patria, sublevando contra el gobierno constituido los más potentes buques de guerra; por otra, los carlistas reunían un ejército numeroso y se apoderaban de varias provincias, llevándolo todo á sangre y fuego. En la isla de Cuba la insurrección

cobraba alientos y los separatistas confiaban en su triunfo. La industria, las artes y el comercio languidecian, abrumados por ^enormes exacciones para ~~la~~ sostener la guerra civil, más encarnizada y desastrosa que la de los siete años. Mientras tanto, los partidarios de los Borbones y los malavenidos con la situación creada por los desmanes de los unos y los desaciertos de los otros, preparaban una reacción, apoyada en ^una gran parte del ejército, cuyos gefes y oficiales, alarmados por los actos frecuentes de indisciplina en diferentes cuerpos y en todas las armas, se ~~unieron~~ al caudillo de la restauración de la destronada dinastia y proclamaron ^en Sagunto al hijo de Doña Isabel rey constitucional de España con el nombre de Alfonso XII.

A mi llegada á Colombia cinco años antes, varios amigos, en su mayor parte periodistas y todos hombres políticos notables, me preguntaron mi opinión sobre la posibilidad de que los Borbones volviesen á ocupar el trono de que la revolución los habia lanzado; y como yo opinara que era muy difícil, si no imposible, que tal cosa acontesciera, dado el modo y la forma de

verificarse aquel grave acontecimiento, digéronme que cuál sería mi determinación, en el caso improbable de que la dinastía de los Borbones volviera á entronizarse en España ~~en pleno abandonado~~. Mi contestación fué, que entonces, sin perder mi cualidad de español, tomaría domicilio ~~me quedaría~~ en Colombia.

Tan pronto como llegó la noticia de la restauración, varios amigos de los que se hallaban presentes, cuando hice mi promesa, fueron á exigirme su cumplimiento.

Yo no sabía qué contestar, porque el caso para mí era muy grave. En España ~~nat é bien~~, podría seguir viviendo como otras veces á costa de mi trabajo en el estéril y espinoso campo de las letras. En Colombia no se pueden cultivar las letras sino por mera afición, pues su cultivo nada produce. Estas fueron las razones que alegué á mis amigos, para no resolverme desde luego á fijar entre ellos mi residencia. No quiero ser gravoso, les dije, á los que me ofrecen con tanto cariño una patria adoptiva, sin que yo pueda, en compensación, prestarles servicios de utilidad verdadera.

Sí puede Vd., me contestaron. Hace tiem-

po que viene V. publicando en los periódicos, y demostrando en sus conferencias, la necesidad que Colombia, pueblo esencialmente agrícola y ganadero, tiene de abandonar la vieja rutina y entrar de lleno en el estudio y en las prácticas de la agricultura científica, para obtener de los campos el mejor y mayor producto con el menor dispendio y trabajo posibles. Nosotros necesitamos un guía para penetrar en ese sendero, y nadie puede serlo mejor que V., que con tanta y tan laudable insistencia nos lo viene aconsejando. Establezca V. un Instituto Agrícola bajo su dirección, y todos le ayudaremos á pagar con un nuevo beneficio la franca y leal hospitalidad que en esta tierra ha encontrado.

Excusábame yo de echar sobre mis hombros un peso tan grave como el de la dirección de la enseñanza de la que con razón puede llamarse la ciencia de las ciencias; pero ellos, atribuyéndome cualidades muy superiores á las mías, insistieron en su demanda, y yo hube de acceder, confiado en que podría llevar de España profesores idóneos, y en que con el estudio y la constancia conseguiría adquirir algo de lo mucho que

había ~~de~~ menester para ocupar dignamente tan honroso puesto.

Desde entonces me consagré sin descanso á los estudios de Agronomía en relación con las diferentes zonas de cultivo que ofrecen las regiones intertropicales, fijándome especialmente en el del olivo y la vid, con el objeto de poder sustituir algun dia el aceite de oliva (higiénico) á la grasa del cerdo como condimento de la alimentación, (indigesta y perjudicial) y reemplazar la Chicha, bebida embrutecedora y ~~antihigiénica~~ con el vino de uva que en muchas comarcas podría obtenerse.

Luchábamos con inconvenientes graves, pero no invencibles para establecer ambos cultivos. Para la propagación de los olivares contábamos solo con algunas plantas ya envejecidas y casi estériles llevadas allí en el siglo pasado por los P.P. de la Compañía de Jesus; para cultivar la vid, en la escala y condiciones necesarias para el objeto propuesto, había la dificultad de la madurez desigual del fruto, no solo en cada planta, sino en cada racimo, y la de haber de buscar á mayor altura que

la en que la vid fructifica un lugar de temperatura apropiada, donde la fermentación vinosa no pasase con la rapidéz que en los climas cálidos á fermentación acética.

Lo mismo, poco más ó menos, sucedía con el olivo. Como el trabajo de la vejetación no se interrumpe en ninguna época del año y la sávia circula sin dificultad en todas las estaciones, el arbol de Minerva ofrece en cada luna nuevas y abundantes flores, las cuales se van convirtiendo en fruto, de modo que el olivo ostenta siempre de una manera simultanea flor, fruto incipiente y fruto en todos los grados de desarrollo hasta llegar á la madurez completa.

Este inconveniente, aunque grave, por obligar al cultivador á hacer en el año muchas recolecciones, segun se va presentando el fruto maduro, sin perjudicar al que queda en el arbol, podia irse modificando con el tiempo y la constancia, obligando artificialmente á la planta á producir solo dos cosechas anuales, como se hace ya con el cafeto, que tiene las mismas tendencias, despojándolo del fruto ó de la flor presentados fuera

de tiempo.

Formamos una sociedad para cultivar el olivo y la vid; hícose el primer ensayo con renuevos y ramas de los olivos viejos llevados por los P.P. de la Compañía, eligiendo para ello un vallecito de terreno arcilloso arenisco, en la Villa de Leiva.

El resultado de la primera plantación no pudo ser más satisfactorio: las plantas brotaron con extraordinaria lozanía, y todo auguraba un feliz resultado.

Teniendo ya, por decirlo así, una base de operaciones, escribí una Cartilla Agraria que el Gobierno publicó y difundió por las escuelas; la prensa toda me felicitó por mi trabajo, y me estimuló á que cuanto antes estableciera el Instituto Agrícola.

Con tal objeto adquirí en la Villa de Leiva un convento abandonado al suprimirse las comunidades religiosas; hice obras importantes en él para adaptarlo á su nuevo objeto; obtuve del Gobierno Nacional que los Estados enviasen alumnos pensionados; escribí á España para llevar profesores y todo el material necesario para la enseñanza; pero me salió al paso la vanidad

de un hombre, herida por mi lealtad y franqueza; y valiéndose de su autoridad en el Estado, no solo destruyó mis planes, disputándome la posesión del edificio, sino que se apoderó de él y trató de establecer la enseñanza agrícola bajo las mismas bases y con las mismas condiciones que yo había publicado en mis programas, dando, sin pudor ni vergüenza, como ideas propias las ajenas mal adquiridas.

Para defenderme de aquella agresión inesperada y devolver golpe por golpe, tuve que acudir á la prensa, y publiqué en la capital, sin ayuda de nadie y como redactor único, un periódico satírico titulado El Cachaco (joven de buen humor), que fué cariñosamente acojido por todas las clases sociales, y que, al decir de la prensa de todos colores prestó algunos y buenos servicios á la sociedad colombiana.

En dicho periódico solía yo denunciar los abusos de aquel hombre funesto que consideraba como fondo propio el Estado que debía gobernar y administrar en provecho de sus habitantes y no en el suyo y el de sus amigos y paniaguados. La opinión pública estuvo de mi parte, y poco después, aquel hom-

bre funesto, agoviado por una acusación en la Cámara de Representantes y por el descrédito de su conducta, murió lejos del poder y abandonado á sus remordimientos. Dios lo haya perdonado.

Durante la lucha sostenida por mí en defensa de mi dignidad y de mis intereses, recibí un pliego oficial del Gobierno del Estado de Santander, ofreciéndome todo lo necesario para establecer allí bajo mi dirección el Instituto Agrícola que proyectaba en el de Boyacá; acepté la propuesta; niaté, aunque con dolor, mi querido y popular periódico, cuya desaparición fué lamentada por toda la prensa, y fuí á ponerme á las órdenes del Presidente de aquella sección de la República, quien me colmó de atenciones y me acompañó después á la ciudad de La Concepción, á dar mayor autoridad é importancia á la inauguración del Instituto Agrícola.

Cuatro años estuvo funcionando aquel Establecimiento de enseñanza que dió buenos resultados, y los hubiera dado mucho mayores, si el Gobierno, preocupado por los asuntos políticos, le hubiera dado todos los elementos de desarrollo pedidos por mí con insistencia.

A los tres años de ejercicios, una mañana,

pasando á caballo por un estrecho sendero, tuve la desgracia de que el animal, sin advertir un gran hoyo oculto entre la yerba, cayera conmigo, dando la vuelta sobre mí, fracturándome en la caida y en el pisoteo para levantarse y salir del hoyo, cuatro costillas, la clavícula izquierda y el radio del brazo del mismo lado, produciéndome además algunas contusiones graves.

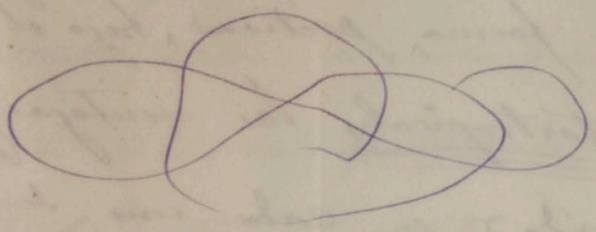
Despues de esta desgraciada ocurrencia, permanecí un año más prestando, aunque con trabajo, mis servicios al Instituto; pero hallándose mi salud muy quebrantada y en gran peligro mi vida, y recibiendo sin cesar cartas de mi anciana Madre, impregnadas de ese santo dolor que solo las madres saben sentir y expresar cuando se trata de la existencia de un hijo enfermo y ausente, determiné regresar á España; y con licencia del Gobierno á quien servía y la esperanza de volver á ocupar mi puesto, volví al paterno hogar por tantos años abandonado, con el objeto, más que el de mejorar mi salud, de estrechar contra mi corazón á la que me dió el sér y con tanto afan me esperaba.

En distintas ocasiones había yo ido consignando en forma de cartas poéticas, á un amigo muy querido y bajo el título de La zona intertropical, las ventajas y desventajas de la vida en cada uno de los tres climas diferentes en que sus tierras se dividen, según la mayor ó menor altura sobre el nivel del mar en que se hallan; es decir, los climas templados, los fríos y los calorosos. Faltábame, para completar mi trabajo, expresar como consecuencia la nostalgia de ~~la patria~~ suelo natal, esa parte de nuestro sér físico y de nuestra alma que nos llama siempre, y donde quiera que ~~se~~ esté, con el vivo recuerdo de nuestras primeras sensaciones tan gratas como inolvidables.

Obedeciendo á este sentimiento poderoso, completé mi trabajo con la poesía titulada Mis esperanzas, donde compendio todas mis aspiraciones, cuando ya me disponía á emprender mi viaje de regreso.

Parte de ello se publicó en Colombia antes de mi salida de aquel país, y después, todo completo en la Biblioteca Universal de Autores antiguos y

modernos.

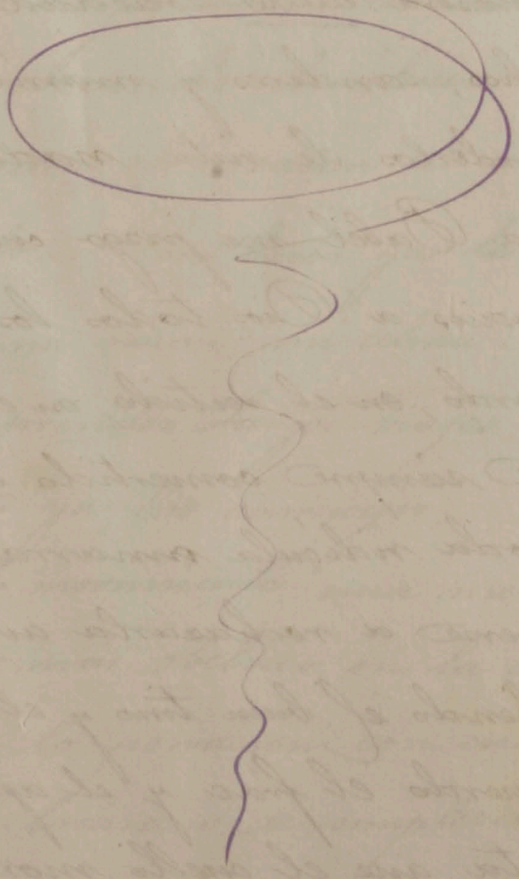


La zona intertropical

Ventajas é inconvenientes de sus diversos climas.

(Correspondencia íntima)

á mi querido amigo de la niñez, D. Nicolás Diaz Benjumea



Carta primera.

Sobre las delicias de la tierra templada.

Ahora sí estoy contento, amigo mío:
Vivo en una constante primavera:
Ni el calor me molesta del estío,
Ni busco, tiritando, contra el frío
Abrigado rincón junto á la hoguera.
De la vida de Europa fatigado,
Donde es todo ilusión, engaño y dolo,
Aquí encontré un asilo sosegado.
No siendo ni envidioso ni envidiado,
No hay hombre más feliz de polo á polo.
De nuestra culta sociedad recuerdo
Los caprichos, sandeces y manías,
Que en perderlos de vista nada pierdo.
Lejos de esa Babel, me juzgo cuerdo
Y doy gracias á Dios todos los días.
Recuerdo, en el vestido, en el calzado,
Al hombre siempre convertido en mono;
A la moda ridícula amarrado,
Sin atreverse á rechazarla airado,
Confundiendo el buen tino y el buen tono.
Recuerdo el frac y el ajustado guante,
La corbata que el cuello mortifica,
Las apretadas botas rutilantes,
Y otras muchas bindesas semejantes...

Mas: ¿quién á la deidad no sacrifica?

Recuerdo las visitas de etiqueta,
Donde sólo es verdad el cumplo y miento;
El enemigo que la mano aprieta;
La forzada sonrisa, que completa
Un saludo en que todo és fingimiento.

Y el paseo en lugar determinado,
En que no entra por nada el ejercicio:
Especie de revista ó de mercado,
Donde el trapo mejor és el más preciado,
Aunque venga del crimen ó del vicio.

Recuerdo las violentas emociones
Del baile, en que, arrastrando un alma inerte,
Va el pobre cuerpo haciendo contorsiones,
El rostro rebosando de ilusiones
¡Y herido acaso el corazon de muerte!

Recuerdo... Pero basta ya de ultrajes
A la humana razon; mi alma delira
Solo por emprender largos viajes;
Pero detesto ya los carruajes,
Que son del movimiento una mentira.

No, no más obelisco en la cabeza,
Aunque allá lo ponderen con encomio.
Basta ya de locura ó de simpleza;
Porque la Europa á caducar empieza,
Ó forma ya un inmenso manicomio.

No más colmenas de la raza humana:

Basta ya de ciudades populosas,
Donde la gente por vivir se afana;
Donde á nadie le alcanza lo que gana
Para exterioridades fastuosas;
Donde entre nubes de humo el sol se esconde;
Donde están las ideas subvertidas,
Y á la voz del deber nadie responde;
Do corren todos, sin saber á dónde,
Atmósfera y conciencia corrompidas.
Vaya el ferrocarril en hora mala:
Sus sentidos en él el hombre anula,
Y á su maleta ó su baúl se iguala.
Aquí Naturaleza me regala
Con sus encantos viajando en nube.
Los campos siempre verdes y floridos,
Las aves siempre alegres y canoras
Embelesan de gozo los sentidos:
No hay días en el tedio consumidos,
Rápidas como instantes son las horas.
Los frutos del invierno y del verano,
Los de la primavera y los de otoño
Cógense á un tiempo al extender la mano:
La odorífera poma, el rubio grano,
La roja fresa, el áspero madroño.
El nardo y el clavel se balancean
Entre los tallos de la rosa esquiva;

Las pasionarias en el aire ondean;
Vistosos colibrís revolotean
En torno á la modesta sensitiva.
La mirla blanca, el de plumaje de oro,
Toche (1) gentil, con melodioso acento
Su voz confunden en sublime coro,
Y su canto dulcísimo y sonoro
Entre olas de perfume arrastra el viento.
Desatándose en perlas la cascada,
Bríndame su corriente cristalina;
En sus linfas me encuentra la alborada,
Y exclamo sin cesar: ¡Tierra templada,
Tú eres de goces mil fuente divina!
Aquí, entre los placeres inocentes,
Rodeado de libros y de flores,
Agasajado por sencillas gentes,
Escuchando el murmurio de las fuentes
Y los trinos de amantes ruiseñores,
Las tristes consecuencias desafío
Del pecado fatal de Adán y Eva:
Ven á tierra templada, amigo mío;
Edén eterno sin calor ni frio....
No hay pena ni dolor que á éste se atreva.
Aquí el poder divino resplandece
En bellezas sin término y sin nombre;
Todo lo grande, allá, se empequeñece,
Y hasta la obra de Dios desaparece
Ante la obra raquítica del hombre.

Colombia, Agosto 1.881.

---

(1) Toche, especie de oropéndola.

Carta II.

Sobre los inconvenientes de la tierra templada.

Hace días te escribí
Con el alma entusiasmada,
Y tan ampuloso fuí,
Que habrás dicho para tí:
—«Me voy á tierra templada.»

—

Sabes que mi corazón,
A todo cálculo extraño,
Cede á cualquiera impresión,
Por más que á cada ilusión
Siga pronto un desengaño.

—

Dirás que la inexperiencia,
A mi edad, es censurable;
Que es un cargo de conciencia;
Pero... soy por excelencia
Un sér tan impresionable!...

—

Los defectos que hay en mí
No quiero ocultarlos, no;
Te dige lo que sentí.
Ya ves, si Dios me hizo así,
¿Qué he de remediarle yo?

—

Ví el campo verde y risueño;

Sentí el aire perfumado;
De mi emocion no fuí dueño,
Y dije: esto no es un sueño,
Es un Edén encantado.

—

Mas pasó uno y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y todo igual subcedió,
Y al fin la monotonía
Por aburrirme acabó.

—

En fuerza de la costumbre,
El placer se me hizo extraño,
Y dábame pesadumbre
No hallar calor para el baño
Ni frio para la lumbre.

—

Los insectos abundaban
De tierra fria y caliente;
Los reptiles me asustaban,
Porque doquier me asechaban
Con su venenoso diente.

—

Las <u>niguas</u>, (1) bicho fatal,

---

(1) Nigua, pulga especial, muy pequeña, que se introduce, para procrear, debajo de la piel que al efecto perfora, y produce dolores intensos. Busca con preferencia los piés para alojarse, y abunda más en los climas templados. (Pulex penetrans, de Lin.)

Mis pobres pies invadieron
Con saña tan infernal,
Que en cada uno establecieron
Una colonia formal.

—

Con situación tan penosa
Llegué á familiarizarme,
Y hasta la encontré sabrosa,
Sin cuidarme de otra cosa
Que estar tendido y rascarme.

—

Falta de fuerza y de acción,
Mi sangre, ya entumecida,
Con lenta circulación,
Me arrastraba á la inacción;
Se me agotaba la vida.

—

Mi goce más deseado
Era el sueño á grandes dósis,
Y mi cuerpo demacrado
Estaba ya exterminado
Por la anemia y la clorósis.

—

La lectura era imposible;
El ejercicio, quimera;
Llegó á hacérseme insufrible
El ave el canto apacible
Y el verdor de la pradera.

—

De la flor en el aroma
Hallaba cáustica esencia;
Cansancio al subir la loma,
Amargo en la dulce poma
Y pavidez en la existencia.

—

El rumor de la cascada
Convirtióse en ruido fiero;
Tristeza hallé en la alborada,
Lobreguez en la enramada
Y en todo funesto agüero.

—

Tal era mi situación,
Cuando, al saberla, un amigo
Llegó lleno de afición,
Diciendo:— Sin remisión
Ahora te llevo conmigo.

—

Aún es tiempo todavía.
—¿A dónde llevarme quieres?
Dije con melancolía.
Y él contestó:—¡A tierra fría,
Que aquí te mueres, te mueres!

—

Salgamos ya sin demora.
—Pero, hombre, por Belcebú...
—Aquí la muerte es traidora.
Mátete Dios en buen hora;
Pero no te mates tú.

—

Y sin dejarme pensar,
Puso en órden mi equipaje,
Mi mula mandó ensillar,
Y ayudándome á montar,
Emprendimos el viaje.

—

Con un pié ya en el estribo
Y el alma desencantada,
Estos renglones te escribo.
Salgo más muerto que vivo.
¡Huye de tierra templada!

Colombia, Agosto de 1881.

Carta III.

Sobre las delicias de tierra fría.

Respiro al fin. Sobre la verde loma,
De opulentos trigales matizada,
En púrpura tendido Febo asoma.
De purísimas perlas adornada
La flor despide su fragante aroma
Por el rayo de luz acariciada,
Y en su cáliz henchido de ambrosía
Recibe el casto beso que le envía.

—

El amoroso llanto de la Aurora
Convertido en vapores se levanta
Y el atendido páramo decora.
Todo á mi alrededor la vista encanta:
Brilla la nieve allá deslumbradora,
Que el duro lecho sin cesar quebranta,
Y de la roca oculta entre la breña
El cristalino arroyo se despeña.

—

De la humilde cabaña del labriego
En gallarda espiral el humo asciende;
La familia agrupada junto al fuego
La yerta mano hacia la llama extiende;
De espesa leche el tarro llega luego
Que por la espuma su calor desprende,
Y los peones van, uno por uno,

Recibiendo el sabroso desayuno.

—

La pareja de bueyes enyugada
La voz del labrador tranquila espera;
La tierra no está seca ni mojada;
Sale el indio, calada su montera;
Y, lanzando á su yunta una mirada
Paternal, cariñosa y placentera,
Se hace una cruz desde la frente al pecho,
Y emprende su camino hacia el barbecho.

—

Recatando del viento la mejilla,
Poco después, en su chircate (1) envuelta
Con sombrero raspón (2) y ancha mantilla
Al cercano redil la india da vuelta;
El roáo ~~xxx~~ en las hojas ya no brilla,
Y al verde prado las ovejas suelta;
Ella las sigue por doquiera ufana,
Hilando un copo de menuda lana.

—

En tanto yo, sobre mi potro altivo,

---

(1) Chircate, tela oscura de lana en que las mujeres se envuelven como los niños de pecho en sus mantillas.

(2) Sombrero tejido de palma, muy duro y pesado.

Delante el perro, la escopeta al lado,
En la sabána (1) un círculo describo,
La torcáz persiguiendo apresurado;
Y, aunque en el burdo bayetón (2) cautivo,
El plomo alguna vez sale acertado,
Y á la hora de almorzar viélvome á casa
Con envidiable humor y hambre no escasa.

—

Hecha la digestión con mi paseo,
Tranquila el alma y de placer henchida,
Sin que nadie me turbe, escribo ó leo,
Gozando por completo de la vida.
Al declinar la tarde, me recreo
Con la nube de púrpura teñida,
Donde la ardiente luz del Sol refleja
Una erupción volcánica semeja.

—

Por la noche, aunque el lecho está algo frío,
Con mi propio calor pronto lo templo;
Allí del mundo y su ambición me río,
Y libre de su influjo me contemplo.
El sueño viene al fin; ya no soy mío;
Y, cerrados los ojos, no hay ejemplo

---

(1) Llanura de formación lacustre.

(2) Manta grande de doble tela y mucho abrigo, con una abertura en el centro para meter la cabeza.

De abrirlos, sin que, entrada la mañana,
Pase un rayo de luz por mi ventana.

—

El tiempo está sereno y delicioso;
Del páramo (1) no sopla el viento helado;
La brisa matinal me hace dichoso,
Y salgo á respirarla embriagado.
Con esta vida activa y de reposo
Me voy poniendo gordo y colorado.
¡Existencia feliz! yo no sabía
Que se gozara tanto en tierra fría.

—

Aquí, á nueve mil pies sobre los mares,
No hay ya reptil de venenoso diente,
Ni insectos insufribles, que á millares
Infestan lo templado y lo caliente.
Lo mismo en la campiña que en sus lares
Descuidada y feliz vive la gente,
Sin temor de una muerte prematura
Causada por aleve mordedura.

—

Todo cuanto apeterco y necesito
Lo encuentro en abundancia incomparable;
Comidas suculentas, apetito,
Sueño reparador, inalterable;

---

(1) Región muy elevada y fría.

Y como á honestos goces me limito,
Disfruto una salud tan envidiable,
Que, á pesar de mis muchos desengaños,
Quiero y pienso vivir hasta cien años.

Colombia, Septiembre de 1881.

Carta IV.

Sobre los inconvenientes de la tierra fría.

"¡Ciérrenme esa ventana, que me hielo!
Póngamme aquí, á los piés, una frasada (1)
Siquiera la del último sirviente;
No importa, la paciencia ya me falta!—"
He aquí la exclamación, que á cada paso
Mi labio triste con dolor exhala.
Van dos meses eternos que la lluvia
Ha convertido en lago la sabána;
No hay más variación que densas nieblas
Y horribles, destructoras granizadas.
Cerrado está el camino á la parroquia,
Y nuestras provisiones ya se acaban...
¡Oh! cuán lenta circula por mis venas
La sangre con el frio coagulada!
Y ese viento del páramo incesante,
Y ese manto de nieve que amenaza
Sepultar nuestra mísera vivienda...
¡Cómo las ilusiones nos engañan!
Si al lado del hogar busco mi abrigo,
El humo, que me asfixia, me rechaza;
Si demando calor al movimiento,
Apartarme no puedo de mi estancia.

(1) Frasada, cobertor de lana burda.

Por doquiera es el suelo una laguna
O un cenagal profundo que me espanta.
¡Qué situación! Perdona, amigo mio,
Que, á pesar de mis años y mis canas,
Seducido otra vez por apariencias,
Sufra de nuevo decepción amarga.
Esta vida no es vida, es peor que muerte;
Es el vacío aterrador... la nada.
Las escenas de idilio, que hace poco
Mi candorosa pluma te pintaba,
Nacieron en mi pobre fantasía,
Y al fin la realidad vino á borrarlas.
Ya la espumosa leche me repugna,
Servida en negra y miserable taza.
El establo y redil, que á mi aposento
Están harto cercanos por desgracia,
Hácenme respirar á todas horas
Una atmósfera fétida y pesada.
Aquí no se conoce la limpieza;
Un invencible horror tienen al agua,
Y sólo la utilizan en la chicha (1)
Con que constantemente se embriagan.
La mujer que me sirve el alimento
Tiene corteza ya dura y coriácea,

---

(1) Chicha, licor fermentado, hecho de agua, maiz cocido y miel de caña.

Formada por el humo y por la mugre,
Que al olfato repugna á gran distancia.
Ya de mis ojos huye el grato sueño,
Que en tiempo más feliz me acariciaba;
Las pulgas, refugiadas por millones
En mi lecho de juncos y de cañas,
Y otros insectos viles y asquerosos,
Que conserva el indígena y propaga,
No me dejan dormir ni un solo instante,
Mi sangre encienden, mi paciencia acaban...
Por único alimento sólo resta
Una especie de engrudo ó de arganasa,
A que el nombre le dan de masamorra, (1)
Invención tan absurda y endiablada,
Que nadie, ni se come ó si se bebe,
Puede afirmar con plena confianza.
.....
Ya el catarro nos tiene consumidos;
No ha perdonado víctima en la casa,
Y hay un coro de toses perdurable,
Sin momentos de espera ni de pausa.
.....
Hoy no puedo moverme de mi lecho.
¡El reuma articular!; Oh, suerte aciaga!...

---

(1) Masamorra, especie de puches de harina de maiz, hojas de col y alguna vez un poco de carne.

Pero mi amigo y salvador ya llega,
Venciendo hasta imposibles su constancia.
Los brazos á mi cuello, silencioso,
Echa, al verter una furtiva lágrima,
Y da la órden expresa á seis peones,
Seis hércules, diré, que lo acompañan,
Para que el guando (1) al punto esté dispuesto
A sacarme de aquí sin más tardanza.
-¿A dónde me conducen? le pregunto.
- Donde á tu horrible mal remedio se halla.
-¡A la tierra caliente! - Dios lo quiera.
¡Basta de tierra fría... basta, basta!
-¿Está ya todo? - Todo. - Adios, amigos.
- Muchachos, un buen trago. ¡Arriba! ¡En marcha!

Colombia, Septiembre de 1881.

---

(1) Guando, Hamaca pendiente de una ó dos varas largas en que conducen los enfermos entre dos ó cuatro peones.

Carta V.

Sobre las ventajas de la tierra caliente.

Ahora sí, no me engaño;
Amigo, éste es el colmo
Del bien que ansiar pudiera
El sér más ambicioso.
Treinta grados centígrados
Marcando está el termómetro.
Lento corre á mis plantas
Un rio caudaloso,
Y eterna platanera
Con murmurio sonoro
El blando sueño arrulla
Que hace entornar mis ojos.
Los anzuelos y redes
Nos dan en grande acopio
Bocachicos y bágres, (1)
¡Alimento sabroso!
Guacharacas y pavas (2)

---

(1) Bocachicos y bagres: peces muy abundantes en los rios de tierra caliente.

(2) Guacharacas y pavas: aves de la familia de las gallináceas que habitan exclusivamente en las selvas ecuatoriales de muy elevada temperatura.

Y paujíes (1) y loros
Y guacamayos lindos
De colores vistosos
Pueblan las arboledas
Que nos sirven de toldo,
Y ya alegran los ecos
Con su canto sonoro,
Ya sirven en la mesa
De manjar delicioso.
Las garzas y los patos,
Cruzan de un lado á otro,
Ó en la arenosa playa
Forman grupos armónicos
Que dan vida al paisaje
De matizado fondo.
El yucal (2) nos ofrece
Sin un trabajo incómodo
Sus frutos sazonados,
Blancos y tuberosos;
El arrozal, su espiga;
La caña, el dulce próvido

---

(1) Paujíes: especie de pavos silvestres. Los hay de especies muy variadas.

(2) Yucal: plantío de yuca manioc, planta tuberosa de que se hace el pan llamado de casabe. Cocidas las raíces son un agradable y sano alimento.

Con que el fresco guarapo (1)
Fermenta en ódres hondos.
Del plátano el racimo
Doblega el tallo herboso,
Ya á las manos se viene,
Ya amarillo cual oro
Y almibar destilando,
Ó ya duro y verdoso,
Del pan émulo digno,
Asado entre el rescoldo.
Nuestro apetito sáciam
El viudo y sancocho, (2)
Sirviéndonos de plato,
Limpio siempre y lustroso,
Del plátano las hojas
Cercanas al cogollo.
Del caney (3) en el centro,

---

(1) Guarapo: bebida fermentada hecha de agua y miel de caña ó azucar de clase ínfima. Es de uso muy comun donde quiera que se produce esta gramínea.

(2) Viudo y sancocho: el primero, guisado compuesto de pescado, plátano verde y yuca; el segundo, de los mismos vegetales y carne salada.

(3) Caney: cobertizo rústico que sirve para orear el tabaco, establecer el trapiche ó molino para la caña de azucar y lugar de descanso de la familia.

Tendido en mi chinchorro (1)
Fumo el mejor tabaco
Que produce el contorno.
Mi ligero vestido
No me sirve de estorbo,
Pues sólo uso las prendas
Que me exige el decoro.
Por tarde y por mañana
Tomo en el río undoso
Un baño placentero
Para entonar mis órganos;
Duermo una larga siesta,
Cuando el sol cae á plomo,
Y alégranme en la noche
De mis vecinos todos
Las traviesas muchachas
Con sus rendidos novios,
Que bailan ya el bambuco, (2)
Ya el torbellino (3) airoso,
Acompañando el tiple

---

(1) Chinchorro: hamaca hecha de red muy usada en todas las tierras calientes. Lecho exclusivo de los indígenas.

(2) Bambuco: especie de fandango; aire nacional entre alegre y melancólico.

(3) Torbellino: canto y baile popular más animado que el anterior.

Y el alfandoque (1) ronco
Sus dulces movimientos,
Sus cantos voluptuosos.
¡Qué vida! ¡Esto sí es vida!
¡Bien hayan de los trópicos
La paz nunca turbada,
Los días calorosos,
La molicie envidiable...
Hasta para un canónigo!
Ven á tierra caliente,
Si quieres ser dichoso,
Y vivir sin cuidados
Del placer en el colmo.
Alimento, vestido,
Techo feliz y umbroso
Los da Naturaleza,
Con un afecto insólito,
Al ser, por Dios creado
Para gozar de todo.
Aquí, para ser rico,
Es inútil el oro:
El suelo, el agua, el aire
Nos brindan bondadosos
Inagotables frutos,

---

(1) Alfandoque: instrumento muy mideso formado de un canuto de caña bambú ó palma chonta con unas piedrezuelas dentro.

Espléndidos tesoros.
La sombra de una palma
De penacho vistoso,
De una copuda ceiba (1)
ó de un cámbulo rojo (2)
Vale más que el palacio
En que el arte orgulloso
Ha amontado el fastidio
Del que vive en el ocio
De las ciudades míseras
Entre el cieno y el polvo.
En fin, amigo mio,
Si quieres ser dichoso,
Ven á tierra caliente;
Y, si vienes, ven pronto;
Que aquí nada nos falta
Para ser venturosos.

Colombia, Octubre de 1882.

---

(1) Ceiba ó ceibo: árbol copudo y de muy rápido desarrollo.

(2) Cámbulo ó cachimbo: árbol muy corpulento de la familia de las leguminosas: se viste dos veces al año de flores de un rojo de fuego. Sirve como el anterior para dar sombra á los plantíos de café y cacao.

Carta VI.

Sobre las desventajas de la tierra caliente.

¡No puedo más! ¡Estoy desesperado!
Este clima no es clima para el hombre.
Aquí todas las plagas se han juntado,
Y es un infierno con distinto nombre.
Do quier que uno se mueva,
Halla enemigo cruel que lo persiga:
Si de alejarse trata
Diez pasos del hogar, en él se ceba
Ya en ruda enjambre despiadada hormiga,
Ya tenáz é invisible garrapata.
Si á coger una fruta
El capricho ó la sed la mano lleva,
Con su aguijón punzante
La ansiosa avispa andár se la disputa,
Cuando no se revuelve y aun lo acosa,
Erguida en espiral y amenazante,
Alguna horrible sierpe venenosa.

—

Si en la mitad del día
Treguas á mi dolor pido á Morfeo,
Despiértanme con terca algarabía
El constante gruñir de los marranos,
De la inquieta gallina el cacareo,
(Pues viven con nosotros como hermanos),

O el estridente son de la chicharra
Que los oidos míseros humanos
Aturde sin piedad, rompe y desgarra.

—

A veces, cuando al sueño ya rendido
Busco en la noche el plácido sosiego,
Entran de pronto á atormentar mi oído
Turbas de extraña gente,
De quien en mi alma con furor reniego,
Que cantan y que tocan y que bailan
Con infernal ruído
Y un entusiasmo bárbaro y creciente;
Y cuando ya su efecto ha producido
El guarapo mezclado al aguardiente,
Crece el ardor, el huracán estalla,
Y la fiesta conviértese en batalla.

—

Otras, cuando dormido voy quedando,
En lugar del gegén (1) de dardo agudo,
Con la nocturna sombra llega luego
El molesto zancudo, (2)

---

(1) Gegén: mosquito muy pequeño, diurno, cuya picadura produce un grande escozor. Abunda mucho en las tierras calientes y templadas, sobre todo cerca de los ríos.

(2) Zancudo: el mosquito llamado entre nosotros cínife ó lancero.

De cuya horrible música reniego;
Chinches y pitos (1) vienen á montones
A clavarme sus fieros aguijones,
Y mi sangre chupando,
Dejan sobre mi piel ronchas de fuego.
Otras veces, del techo removido
Por el ratón inquieto ó la culebra,
De quien es codiciado y perseguido,
Gran lluvia de alacranes ó escorpiones
Sobre mí se desata, y dolorosa
Herida me abre su uña ponzoñosa.

—

Del techo y las paredes las rendijas,
Que franco y libre paso
Dan á mil repugnantes sabandijas,
Permiten que el murciélago asqueroso,
De vuelo silencioso,
En mi estancia famélico penetre,
Y cual ladrón osado,
Junto á mis pies con precaución posado,
A morderme se atreva,
Y, mientras duermo yo, mi sangre beba.

—

(1) Pitos: insectos hasta de una pulgada de largo. Chupan la sangre por medio de un aparato parecido al de la chinche, y en la picadura suelen formarse pústulas.

¡Horrible batallar! Por la mañana
Encuéntrome molido y fatigado.
Mi sangre hierve, mi cerebro arde;
Corro al baño á buscar mi lenitivo,
Y el aguijón me espera de la raya (1),
Con su veneno activo,
Entre el fango ó la arena de la playa,
Cuando no del caimán (2) el corvo diente,
Para cojer mi cuerpo
Con su tenaza poderosa y dura,
Hundirme en la corriente
Y en su estómago darme sepultura.

—

Al desabrido y bárbaro brevaje,
Que es de esta tierra el único alimento,
De acomodarme trato;
Pero á mi tiempo con fuerza lo rechazan
Mi paladar, mi estómago y mi olfato.
Vencer mi repugnancia en vano intento,
Y ¡ay! en vano también al cielo imploro
Que me vuelva el instinto primitivo
Y los gustos sencillos del salvaje.
El guarapo á beber ya no me atrevo,

---

(1) Raya: pez provisto de uno ó más aguijones venenosos, en la cola. Su picadura es de difícil curación.
(2) Caimán: es el cocodrilo americano y los hay de dos especies. Viven en las aguas tranquilas y cenagosas y son muy atrevidos y voraces.

Porque apenas lo bebo,
En licor corrosivo se convierte.
El sancocho y el viudo
Cáusanme indigestiones dolorosas.
En balde de mi hogar á otro me mudo;
La humedad y el calor do quier elevan
Mortíferos miasmas
Que la pesada atmósfera envenenan;
Y la fiebre, minando mi organismo
Debilitado, lánguido é inerte,
Abre á mis pies profundo y ancho abismo
Y hácia él melempuja en brazos de la muerte.

—

¡No más! Aquí me espanta mi destino:
El carate (1) y el coto (2)
Asoman ya en mi faz y en mi garganta;
Mi efigie demacrada y macilenta
Es de la humana forma
Sarcasmo peregrino;
Mi cuerpo no es ya más que una osamenta
Oculta entre arrugado pergamino.
Un paso más, un palmo, una pulgada,
Y tornaráse en polvo, en humo, en nada.

Colombia, Marzo de 1883.

---

(1) Carate: especie de vicio herpético, que produce en la piel manchas ámbles, pardas ó blancas.
(2) Coto: bocio ó papera, es muy común en los climas cálido y húmedos de las regiones montañosas.

Mis esperanzas.

Conclusión de la Zona intertropical.

¡Oh, dulce aire natal! brisa amorosa
De la sierra Morena y la Rondina; (1)
Del Guadaira y del Bétis (2)
Márgen fresca y umbrosa;
Florida primavera,
Cuyo aliento purísimo reviste
De perfumada alfombra la pradera;
Tesoro de la nies, próvido estío,
Con tus bellas y alegres excursiones
A la era polvorosa,
A la orilla del mar ó al claro rio;
Lánguido otoño, cuya sien corona
Abundante guirnalda
De frutos de Sileno y de Pomona;
Invierno deseable
Con tu cortejo amable
De espectáculos bellos,

---

(1) Sierras Morena y Rondina: las que limitan por S.E. y N.O. el extenso valle del Guadalquivir en la provincia de Sevilla.

(2) Guadaira, modesto riachuelo que da nombre á la patria del autor. Bétis, antiguo nombre del Guadalquivir.

Donde lucé en artísticos destellos
La ardiente inspiración del genio hispano;
Cadena de saraos suntuosa,
Donde la grata, femenil belleza
Entre esplendores brilla,
Para ostentar al mundo
El donaire, la gracia y gentileza
De las apuestas damas de Castilla...

—

¡Ay! yo anhelo volver á tu regazo,
Patria siempre adorada,
Y á mi pecho, estrechar con tierno abrazo
La familia harto tiempo abandonada,
Los amigos queridos
Que en la dicha conmigo disfrutaron,
Y que en la amarga pena
El llanto de mis ojos enjugaron.
Quiero posar mis labios amorosos
Sobre el altar en que por vez primera
Su sentida plegaria
Me enseñó á pronunciar mi tierna madre;
Besar la triste losa funeraria
Que oculta las cenizas de mi padre;
Reposar á la sombra del olivo,
Do en mi niñez la frente refrescaba,
Al esquivar del sol el rayo estivo.

—

Quiero, en la misma fuente,

A que llegué cien veces fatigado,
Por una vez siquiera
Beber arrodillado,
Y en su linfa apagar mi sed ardiente.
Quiero posar mis pies en la pradera
Que feliz en mi infancia recorrí;
Ver el lugar amado
Donde, al volver del África ardorosa,
Su nido un año y otro suspendía
Alegre y placentera
La golondrina cándida y parlera;
Y contemplar á Oriente y á Occidente
El sol que con sus rayos me inundaba;
Que, al nacer, en las tímidas violetas
Del rocío las lágrimas secaba,
Y, al espirar el moribundo día,
En sus tintas de fuego me envolvía.

—

Quiero alegrar mis ojos
Con la flor del almendro y del manzano,
Cuando la sávia á circular empieza,
Y deja el campo su sudario triste,
Y con matices rojos
Espléndido y galano,
Para dar más realce á su belleza,
Su rico y verde manto se reviste
Nuestra madre comun, Naturaleza.

—

Quiero ver los montones
De la segada mies en el verano,
Llenar el ancha era,
Y henchir las trojes con el rubio grano;
Y luego en el lagar la fruta exprimir,
Que da el mosto en la prensa á borbotones,
Aumentando el placer de la vendimia;
Y cojer del nogal y del castaño
Y otros árboles bellos
Del otoño los frutos sazonados
Y con ávidos ojos contemplados
Desque empezaron á brotar en ellos.

—

Quiero junto al hogar, que nunca olvido,
Pasar las largas noches
Del invierno indolente,
Viendo al tronco de encina ya encendido
Lanzar su llama ardiente
Entre el humo sutil que al aire sube
Y forma en el espacio densa nube.
Quiero, de mi familia rodeado,
Saborear del delicioso moka
Asorbos una taza bien caliente,
Mientras la lluvia en el cristal golpea,
Y en la herrada ventana inútilmente
Por penetrar el viento forcejea.

—

Allí, todos pendientes de mis labios,
Quiero contar la peregrina historia
De mis largos viajes,
Y como entre las tribus de salvajes,
Cuyo recuerdo es grato á mi memoria,
Sin recibir agravios,
Viví siempre contento,
Lo cual es vano intento
A veces entre cultos y entre sabios.

—

Quiero, por fin, cuando la frágil nave
De mi agitada, efímera existencia
En el puerto fatal su curso acabe,
Depositar mis restos
En tierra por los mios bendecida;
Donde, al llegar al borde de mi losa,
Oiga de alguna oración corta y sentida,
Alguien pronuncie con amor mi nombre,
Y diga á los demás: «Aquí reposa;»
Donde, en pos de una vida humilde, honrada,
Al dejar de este mundo los desvelos,
Descansaron mi padre y mis abuelos.

Colombia, Octubre de 1883.